

El declive del primogénito

Preshea Stöberl

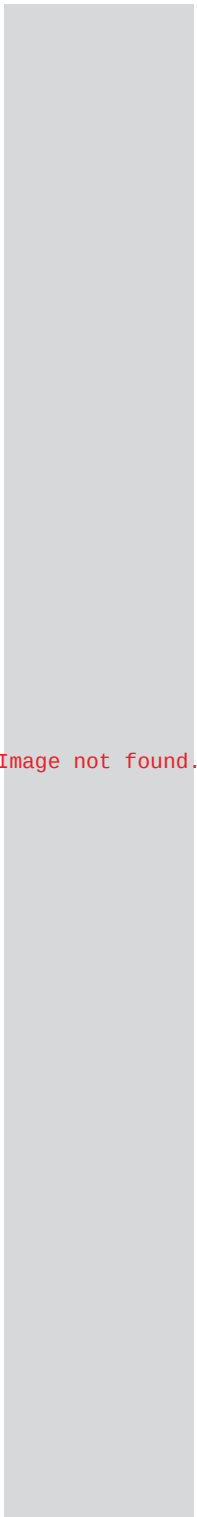


Image not found.

Capítulo 1

La vida me sonreía. Lo hizo desde que puse un pie en el mundo. Cualquiera desearía poseer este ritmo de vida, donde todos los caprichos que escapan de mis labios sean concedidos al día siguiente. ¿Pero saben una cosa? Esta vida me aburre. Es insulsa, insustancial y superficial. Anhele escapar de ella. Siempre me decían que vivía en el cielo, que era afortunado, pero nadie sabía que transitaba hacia el mismísimo infierno.

De camino a la Universidad tengo la extraña y maleducada costumbre de escuchar las conversaciones de mis compañeros de clase. Envidio sus pobres vidas. ¿O me dan lástima? No comprendo bien la maraña de sensaciones que mi cuerpo experimentaba. En cualquier caso, siento el ferviente deseo de gozar de esa experiencia. El no saber si podré conseguir con mi esfuerzo aquello que anhele; sin embargo, no deseaba experimentar la vivencia de la hambruna. Sólo quería una vida normal.

A pesar de ser un hijo tremendamente deseado, no recibía el cariño de mis padres. Siempre estaban ocupados con sus empleos y la mayoría del tiempo no estaban en casa, por lo que “disfrutaba” del amplio espacio de mi caserío para mí solo.

Era deprimente, lo único que se lograba percibir son los cuchicheos de las criadas y los pasos acelerados de éstas. En estos casos, la mayoría del tiempo me encerraba en mi habitación a leer, o simplemente a ver el tiempo pasar.

A día de hoy apenas tengo amigos. La inmensa mayoría me ignora por mi carácter retraído. No destaco en nada. En absolutamente nada. Soy un desastre como alumno y como amigo. Aunque esto último no lo he corroborado aún al no existir nadie con ese calificativo en mi vida. Bueno, en realidad sí hay alguien a quien puedo denominarle de esa forma. Su nombre es Dylan.

En las jornadas cuando mis padres no se hallaban en casa, lo invitaba a venir para así hacerme compañía. Yo era un joven sano, ni siquiera bebía o fumaba, pero Dylan sí lo hacía. De hecho, en más de una ocasión me visitó con una bolsa llena de botellas de diversos licores. Un despliegue de alcohol y pecado. Por suerte mis padres no estaban en casa —qué novedad—. Lo así de su muñeca y tiré de él para meterlo dentro, no sin antes observar a sendos lados para comprobar que no había miradas curiosas a nuestro alrededor.

Siempre me rehusaba a probar una gota, ni siquiera empaparme los labios. Insistía una y otra vez. Era obstinado y, como era un joven que se dejaba llevar por los demás, sucumbí a su tenacidad y me mojé los labios. El amargo sabor que lo caracterizaba me horrorizó y rápidamente, en un

acto desesperado y como si mi vida dependiera de ello, corrí hasta el baño y me arrojé sobre el grifo del lavabo.

—Qué exagerado —me decía Dylan entre sonoras carcajadas.

—Es que está asqueroso, ¿cómo puedes beberte eso con tanta naturalidad? —replicaba, haciendo una graciosa mueca de desagrado y asco a lo que él respondía con una sonora carcajada que lo obligaba a revolcarse en el suelo mientras se sujetaba el vientre.

Sin embargo, dicha mueca fue desapareciendo. Finalmente, por su influencia, sucumbí al amargor. Ahora comprendo cómo era capaz de soportar ese amargor. Las papilas gustativas se acababan acostumbrando y tú cada vez estás más necesitado de experimentar sus efectos. Esos efectos que te llevaban a un mundo carente de dolor y sufrimiento.

Poco a poco fui descendiendo hasta lo más profundo del infierno y no me importaba lo más mínimo, me sentía feliz. Era feliz.

A partir de entonces, mi impecable historial de asistencia y mis calificaciones comenzaron a verse afectados. Apenas asistía a clase y mis notas eran horripilantes, me reunía con Dylan y su grupo de amigos en la parte trasera del edificio de la Universidad a beber y fumar. Cuando estaba con ellos me sentía eufórico. Pasé de ser un completo fantasma, a ser el chico más popular del campus. Ahora todo el mundo me quería y disfrutaba de mi compañía. «Will, ven conmigo». «No, vente esta tarde conmigo a casa. Tengo los dulces que te encantan». No hacía más que escuchar esas declaraciones una y otra vez. Me sentía feliz, me estaba codeando con personas normales, lo que siempre deseé; y todo gracias a Dylan.

Finalmente me convertí en el bufón de la clase. Siempre respondía de manera jocosa y desagradable a los profesores, ganándome a pulso la expulsión de la sala. Mas no me importaba, hacía reír a mis compañeros.

Mis padres, aquellos que no se preocupaban por mí, de repente lo hicieron. Sin embargo, ya era incorregible, por mucho que me regañasen, seguiría haciendo lo mismo. Seguiría reuniéndome con Dylan y sus amigos para beber, fumar y pasar un rato divertido.

Mi condición de niño mimado se esfumó un día al comunicarme que había sido desheredado. Reí y acto seguido lloré de felicidad, musitando un agradecimiento al tiempo que abrazaba a mis progenitores.

Al fin viviré la vida que tanto anhelo.